

MEDIOEVO Y LITERATURA

Actas del V Congreso de la Asociación
Hispanica de Literatura Medieval

(Granada, 27 septiembre - 1 octubre 1993)

Volumen IV

Edición de Juan Paredes

GRANADA
1995

© ANÓNIMAS Y COLECTIVAS.

© UNIVERSIDAD DE GRANADA.

MEDIOEVO Y LITERATURA.

ISBN: 84-338-2023-0. (Obra completa).

ISBN: 84-338-2024-9. (Tomo I).

ISBN: 84-338-2025-7. (Tomo II).

ISBN: 84-338-2026-5. (Tomo III).

ISBN: 84-338-2027-3. (Tomo IV).

Depósito legal: GR/232-1995.

Edita e imprime: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Granada. Campus Universitario de Cartuja. Granada.

Printed in Spain

Impreso en España

“¡Ay de mi Alhama!” . A propósito de los *Romances fronterizos*

Como es sabido, el título que he elegido para mi comunicación constituye el estribillo de uno de los romances fronterizos más bellos, estribillo que, al repetirse, insiste y agudiza la pena que siente un innominado rey moro de Granada ante la pérdida de algo que sabemos que es una ciudad, pero que bien podría tratarse de una persona querida. *Mutatis mutandis*, Alhama podría ser la propia Granada de aquel otro romance a la que un rey, don Juan, –así llamado– propone el matrimonio, rendido ante su belleza, al que la ciudad responde que ya está casada y que

“el moro que a mí me tiene muy grande bien me quería”

razón que no es precisamente la más disuasiva para un buen conquistador.

Pues bien, este moro que tan “grande bien” quiere a Granada, ¿no hubiera exclamado de la misma manera de haberla perdido? ¿No nos dice, por otra parte, la historia que el último señor moro de la ciudad derramó abundantes lágrimas al abandonarla, al cual le fue dicho aquello de que “llorara como una mujer lo que no había sabido defender como un hombre”?

Sírvame esta introducción para tratar, con la brevedad que la ocasión requiere, un tema que exigiría unos límites más amplios, pues indagar acerca de la naturaleza y contenido de estos romances, aún pareciendo una cuestión sencilla y resuelta, no ofrece perfiles totalmente nítidos.

Y el centro de la confusión puede leerse cada vez que se define este tipo de composiciones en las historias de la literatura. Tomando como ejemplo una que conoce cierto auge de un tiempo a esta parte, los *romances fronterizos* pertenecerían a los históricos y “versan sobre las algaradas sostenidas en las fronteras con Al-Andalus”¹. La cita, que debo abreviar, continúa con la conocida opinión de

1. DEYERMOND, A.D., *Historia de la literatura española. I. La Edad Media*, Barcelona, Ariel, 1973, pp. 226-7.

que el moro es tratado en ellos con cierta simpatía, con lo cual esta definición estaría de acuerdo en el espíritu, y casi también en la letra, con la teoría de R. Menéndez Pidal, sostenida repetidamente aquí y allá, en la cual se llega a incluir en el mismo grupo a los *romances moriscos*, sin reparar este maestro y aquel historiador que se cae en cierta paradoja, pues es difícil de admitir que se trate con simpatía a quien se está expulsando *manu militari*. Y no son los únicos que piensan así.

La razón de esta confusión estaría en el hecho de que tales composiciones, en las que no todos los antologizadores están de acuerdo, suelen ser consideradas como *cantos noticieros*, es decir poesía eminentemente narrativa, aunque no se le deje de reconocer cierto lirismo. Y como lo lírico es precisamente su naturaleza dominante, tal como intentaré demostrar, hasta tal punto que deja muy difusos los perfiles “noticieros”, no han faltado quienes se han dedicado a investigar para mostrar la osamenta histórica, ejercicio que demuestra por sí solo su falta de obvedad.

Así, el propio Menéndez Pidal², y tras su estela otros más³, no deja de proporcionar múltiples explicaciones históricas al final de cada uno de los romances que él reúne bajo la rúbrica de *fronterizos*, gracias a las cuales, –y sólo gracias a las cuales– se podría ver la relación entre estos relatos y los acontecimientos que supuestamente los originaron, aunque para verla se tenga que tener mucha fe en el maestro, que se niega a ver en estos autores a unos auténticos artistas –estos romances emocionan estéticamente aún hoy– y prefiere presentárnoslos como *quasi* periodistas, cuyas producciones no suelen tener, como los medicamentos, una validez muy prolongada.

Como digo, resulta muy difícil, incluso imposible, captar historia o noticia en unos relatos que, cuando dan alguna precisión cronológica, que es las menos de las veces, apuntan que la cosa ocurre “el día de San Juan” (*De Antequera partió el moro*), o, sintomáticamente, la “mañana de San Juan” (así empieza otro romance), o “una mañana en domingo” (*Alora, la bien cercada*); que no dan nunca la precisión geográfica que sería deseable (de Alora se dice “que está en par del río”, sin decir cuál); que hace imposible la identificación de todo personaje moro, o porque da un nombre genérico (*Abenámar*), o no da ninguno, como es la norma,

2. MENÉNDEZ PIDAL, R., *Flor nueva de romances viejos*, Madrid, Espasa-Calpe, 1969.

3. Para tener una idea sobre esta cuestión, pueden servir como ejemplo: TORRES FONTANES, J., “La historicidad del romance *Abenámar*, *Abenámar*”, *Anuario de Estudios Medievales*, 8, 1972-3, pp. 225-56; MANCINI, G., “Proposta di lettura di un romance fronterizo”, *Linguistica e Letteratura*, 1976, pp. 57-73; MAC KAY, A., “The ballad and the frontier in late medieval Spain”, *Bulletin of Hispanic Studies*, 53, 1976, pp. 15-33; de CHASCA, E., *Estructura y forma en el “Poema de Mío Cid”*, México, 1956, especialmente las pp. 147-54.

práctica extensible a los personajes cristianos; o que, cuando da cuenta del número de combatientes que asedia a una ciudad, se repita exactamente la cifra de 80.000 peones y 5.000 jinetes, tanto en el caso de *Antequera* como en el de *Baeza*, curiosa coincidencia que además resulta una cifra a todas luces exagerada para la acción que deben emprender, como también ocurre con los 20.000 moros que defienden *Baza*; o que, en varios casos, estas tropas están aludidas, o representadas, en la palabra “moricos” (uno de los romances se inicia precisamente así, *Moricos, los mis moricos*, y es otro “morico” el que evita la caída de Alora, plaza que está aparentemente defendida, o especialmente poblada, de “moricas de quinze años”); o que en muchos casos no hay acción física ninguna, sino diálogo más bien sentimental (*Abenámar, Sobre Baza*), o mera expresión de una orden (*Moricos*), o expansión de una pena (¡Ay de mi Alhama!); y, en fin, resulta particularmente paradójico que los cristianos canten y cuenten su derrota por los moros (*Moricos, Alora*), o que los propios moros celebren el aludido día de San Juan. Quizás se podrían dar más detalles, pero considero que los ya apuntados hacen inviable la lectura de estas composiciones como si fueran noticieras, ni siquiera históricas.

Por todo lo cual, la lectura debe ser hecha desde otra perspectiva, necesariamente lírica, en clave amorosa como lo trasluce con toda claridad el romance de *Abenámar*, en el que un rey cristiano llamado Juan, (que no puede ser el contemporáneo Juan II, pues nunca se acercó a la ciudad), le pide a Granada que se case con él. Este romance, como muy bien demostró P. Bénichou⁴, expresa “el deseo de un hombre amante”, concluyendo que “el tema del poema es amoroso al mismo tiempo que guerrero; mejor dicho, simboliza una situación de guerra en términos de amor”, pudiéndose matizar, a mi parecer, con igual propiedad que muestra una situación de amor en términos guerreros, como intentaré demostrar inmediatamente.

Reconsideremos, para empezar, aquello de que el moro era visto con simpatía, que, como acabo de señalar, constituye una flagrante paradoja si nuestros romances son vistos exclusivamente bajo el prisma de lo histórico-militar. Esa impresión de simpatía (sentimiento que podría llegar hasta el afecto si se tiene en cuenta el apelativo, casi genérico, de “morico” que ya se ha visto) viene motivada por el hecho de que este antagonista nos es presentado como alguien que actúa legítimamente, como defensor, bueno o malo, de lo que le pertenece. Desde esta óptica, lo político-militar no tiene cabida, pues no se puede iniciar una cruzada

4. BÉNICHOU, P., *Creación poética en el romancero tradicional*, Madrid, Gredos, 1968, especialmente las pp. 61-92.

bajo estos presupuestos, por lo que hay que ver en ese moro un enamorado, un esposo, el cual debe ser comprendido en su actitud hostil aún por sus rivales, los cuales deben saber que se exponen a una resistencia feroz, enconada (son esas tropas tan numerosas antes citadas), e incluso a la muerte, lo cual está más o menos explícito en cada uno de los romances nombrados. Así, el “morico” es a su esposa o amada lo que el defensor de plaza es a la propia plaza, pudiéndose emplear, según el experimentado refrán, los mismos procedimientos en la guerra y en el amor, incluyendo la traición, como el salvador de Alora, acción que no merece en el romance reprobación alguna.

Otro dato revelador reside en el hecho de que el nombre de todas las plazas mencionadas es femenino: Alhama, Alora, Antequera, Baeza, Baza, Granada... Aún aceptando por un momento que fueran cantos noticieros, muy noticieros, es muy significativo el que no se cite otra toponimia que la femenina, olvidándose todo lo sucedido en mil lugares más. La identificación entre plaza fuerte y mujer que vengo proponiendo no hace sino robustecerse, obviamente.

En tercer lugar, conviene retomar el dato cronológico al principio aludido de “la mañana de San Juan”. Y empezaré señalando que la pérdida de Antequera, acaecida dicho día según el relato del romance, ocurrió en realidad el 28 de septiembre (exactamente de 1410). Craso e imperdonable error desde el punto de vista histórico, pero normal datación lírico-amorosa, pues sabido es el significado simbólico que en la poesía erótica tiene dicha fecha, cuya sola cita prevenía de entrada, cual clave musical, acerca del tono de la composición. Baste recordar como ejemplo, para no salirnos de los romances, del que tiene a Moriana como protagonista, que nos presenta precisamente la captura de esta joven por parte de su enamorado “la mañana de San Juan”, y además “cogiendo rosas”, frase que insiste en el citado valor simbólico erótico. Por lo demás, este famoso día no debe ser tomado restrictivamente, pues hace alusión por extensión a la primavera entera (a lo que ayuda la mención de *mañana*, es decir el primer momento, la juventud). En una palabra, se está aludiendo al momento “cuando faze la calor, cuando los enamorados van a servir al amor”, como dice otro famoso romance. Así, no es de extrañar que cierto Adelantado, cuyo nombre era al parecer Diego Ribera, como sabían todos menos el autor del romance, cercara a Alora “una mañana en domingo”, es decir con ánimo juvenil y festivo, como es lógico que no sea necesario citar el río a cuyo par se encuentra, ya que esa frase también contiene un fuerte valor simbólico erótico, como puede comprobarse en toda la literatura de tipo tradicional hasta llegar al propio García Lorca, que elige precisamente el río, sin decir cuál, para llevarse a la casada infiel. A la Alora infiel, podría decirse, a la que el Adelantado ya le tenía “hecho un portillo”.

En cuarto y último lugar, se debe tener en cuenta la gran importancia que tienen en varios de estos romances las torres, designadas tal cual o mediante las

almenas, que son prácticamente las únicas partes que se citan de los castillos. Y es al tomar una torre, o desde ella, o gracias a ella, por lo que ocurre lo más importante, y designa sinecdóquicamente, por ello, a toda la fortaleza. Se me podrá argüir que es casi forzado que así sea, pero es precisamente porque las cosas tenían que ocurrir así por lo que su omisión sería de esperar, lo que hace que su cita adquiera otro valor. La cita de la torre es forzosa por designar, metafóricamente, a la mujer, y así nos la muestra en el propio siglo XV de nuestros romances *fronterizos* un poeta (y a la vez soldado) de la talla de Jorge Manrique (léase su poema *Castillo d' amor*). Como es siempre en la torre donde se sitúa a la mujer en los romances denominados *novelescos*, como he estudiado en otro lugar⁵.

En fin, podría demorarme en demostrar más detenidamente lo que estoy aventurando, que es la base de un trabajo de más envergadura que estoy preparando. Tendré, pues, que abandonar por ahora el estudio de la asimilación de situaciones –guerra y amorosa– y sugerirla a los interesados en la cuestión, que sabrán ya que es posible otra interpretación que la que se suele escuchar, y quizás más verosímil. Nuestros *romances fronterizos* serían en realidad, desde el punto de vista literario, unas alegorías en las que se confunden dos tipos de lucha, de conquista; y desde el punto de vista de su objetivo, una subliminal invitación propuesta a cierta juventud guerrera para que participara en la toma de las diferentes plazas como si de un reto amoroso se tratase, como si de la conquista de una mujer fuera la cosa, sabiendo que hay moros dispuestos a todo, pero también que los hay más blandos, o ineptos, a los cuales no les queda más remedio que suspirar *¡Ay de mi Alhama!*

Juan VICTORIO MARTÍNEZ
U.N.E.D.

5. VICTORIO, J., “Los castillos en el Romancero Viejo”, *Castillos de España*, 24, 1986, pp. 25-28.